

Foto: Licetia/Artes y Letras

Si no pinto, me muero: Antonio López Sáenz

El artista recibirá hoy a las 19:00 horas en el Masin, el Premio Sinaloa de las Artes en reconocimiento a su trayectoria

Azucena Maniarez/Enviada

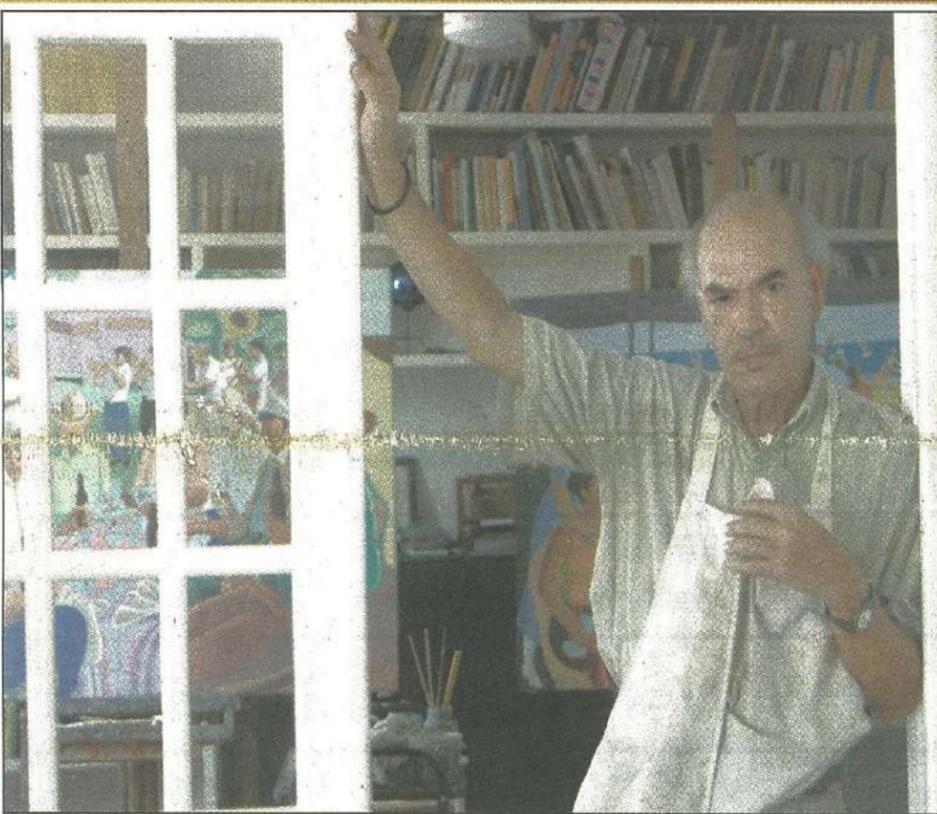
MAZATLÁN. El puerto es el timón con el que Antonio López Sáenz navega en dirección firme por el Océano Pacífico, ahí donde las gaviotas lo nutren con su canto; el mar, los caracoles, conchas y arena, alimentan su espíritu.

Quien será galardonado hoy a las 19:00 horas con el Premio Sinaloa de las Artes en el Masin, es un pintor marinerero que quiere a su tierra y rescata de ella las imágenes que vivirán en sus obras, presentes en sus recuerdos infantiles.

Tiene todo lo que imaginaba, se siente feliz viviendo como lo hace, soltero, pero en compañía de sus "menos", como llama a los personajes de sus obras. No le hace falta nada.

"La razón de mi vida es trabajar, el día que no lo haga me moriré... aunque no pienso morirme, quiero seguir pintando, estoy contento con mi vocación.

"Soy feliz haciéndolo todos los días y cuando no pueda, cuando se cansen mis ojos y mis manos, no tendré una razón de ser. Muchas personas piensan en sus hijos para salir adelante y seguir viviendo, en mi caso, es mi trabajo, y cuando no lo tenga, se acabará todo", asegura.



ANTONIO LÓPEZ Sáenz.

LA LUZ DE DIOS

López Sáenz se despierta esperando la luz de Dios para poder pintar. Ésta es su razón de ser. No existe nada más para él.

El 25 del presente mes dio sus primeras pinceladas del día como de costumbre, salió de casa, y a su regreso se le esperaba para realizarle una entrevista.

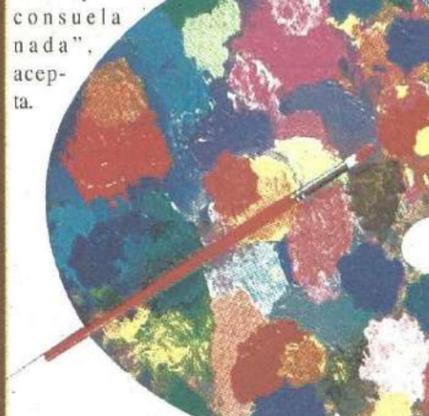
La sonrisa estaba en su rostro. Abrió las puertas de su hogar. El teléfono sonó en varias ocasiones, "así es todo el día", advierte.

Se sienta, mueve sus manos, espera las preguntas. Una profunda nostalgia lo invade y sin poder evitarlo, llora al recordar a su familia y amigos que ya no están.

Es un creador y se comporta como tal; al hablar de su pintura se siente vivo, y aunque acepta que a veces se "desbaranca" y se va por ahí como todo ser humano, si no se hubiera dedicado al arte fuera una persona fracasada.

"Me sigo emocionando cada vez que pinto, al igual que lo hacía de niño. Cuando no lo hago porque está nublado, por las noches me siento mal. Mis manos son mi vida, he hecho tantas cosas con ellas.

"Alguna vez logré imaginar que al salir de la Academia de San Carlos estaba solo, abandonado, pero llegó un 'ángel' llamado Estela Shapiro, mi representante, y me cambió la vida, pero murió hace un año y no me consuela nada", acepta.



Su voz se escucha entrecortada. Se repone y dice vivir tranquilo, tomarse sus copas, darse sus placeres y sentirse acompañado por su trabajo, que lo hace un hombre completo y feliz.

LA VOCACIÓN

Desde niño quería ser pintor, sus padres no supieron qué hacer con un hijo con tales aspiraciones y tuvo que esperar muchos años para poder lograrlo. Se conformó con trabajar el barro y los colores.

"Siempre estuve consciente de lo que iba a hacer, yo veía que otros niños querían ser beisbolistas, doctores, licenciados, ingenieros, arquitectos, contadores, y yo, pintor, sin saber de dónde me salió la vocación", explica.

Antes de irse a la Academia de San Carlos, su padre, quien era jefe de los almacenes del puerto, lo llevó a los muelles, en donde lo puso a trabajar para que no anduviera "chiroteando" por ahí.

Su función era apuntar en hojas el número de costales que llegaban, pero por atrás él dibujaba, lo que provocaba el enojo de su progenitor.

Estar en contacto con los barcos, trabajadores y el mar, fue para el hoy artista como estar en el paraíso.

"Tenía frente a mí grandes buques, marineros y los trabajadores de los muelles, sus familias e hijos, y los empecé a pintar.

"El jefe de mi padre le decía que por qué permitía que su muchacho pintara monos, sin saber que yo no me podía contener".

EL DESPERTAR

Margarita Ramírez de González, quien era amiga de la familia, descubrió que López Sáenz era un artista.

"Mis padres no sabían explicar mis inquietudes y ella, linda, querida, entrañable como maestra, me invitó a verla pintar. Iba dos veces por semana a su casa, me sentaba mientras hacía retratos de señoras elegantes vestidas con pieles".

La Nana, como le llamaba, le

dio a entender lo que era un oficio, la dedicación y adquirir una disciplina. Supo que el hombre que quiere llegar alto tiene que trabajar.

Agrega que después de algún tiempo, sus padres supieron que ya no podía quedarse en los muelles porque tenía que estudiar pintura y hacer realidad su sueño.

"Llegué a trabajar y mi padre me dijo, 'sabes qué, éste es el último día que vienes, ya que tienes que irte a vivir a México'. Estaba todo arreglado, tenía hasta una casa en donde vivir", recuerda.

En la Academia de San Carlos entré a una disciplina. De la mano de los maestros que afirma son muy queridos por él, aprendió lo que debía, ahí se encontró con el mundo imaginado.

"Cuando llegué a México, dije Ave María Purísima, qué maravilla, me sentí feliz ahí y ya no extrañé nada.

"Empecé a querer a México pero nunca me separé de Mazatlán a donde venía sólo en vacaciones", manifiesta.

APARECE UN 'ÁNGEL'

Al exponer en galerías del país y el extranjero esculturas y cuadros de diversos formatos, su nombre empezó a escucharse gracias a quien él considera su 'ángel'.

"El despunte de mi carrera fue con Estela Shapiro, todo lo gané con ella y lo perdí con ella. Hizo mi trabajo, yo no tenía nada más que pintar.

"Me conectaba con museos y conseguía exposiciones en todo el mundo. Antes de ella no tenía nada, ni seguro social, era sólo un obrero asalariado", añade.

El único artista plástico miembro de El Colegio de Sinaloa, apunta que desde entonces empezó a viajar.

MAZATLÁN A LA DISTANCIA

Pasaron 36 años para que López Sáenz, cargado de triunfos, regresara de manera permanente a su tierra, a respirar el aroma del mar y visitar el muelle en donde su padre ya no estaba.

"Nunca quise sentirme lejos de casa. Como el niño lleva las raíces de donde nació, los recuerdos

de la infancia siempre los tuve. Adoraba la Ciudad de México, no podía vivir sin ella y mi corazón se partió en dos porque también quería estar en Mazatlán", indica.

El teléfono suena de nuevo, se limpia las lágrimas al recordar a muchas de las personas que quiere y que se han ido.

En el Centro Histórico de Mazatlán, en una amplia casa, a su regreso se reencontró con su infancia y con momentos que nunca había olvidado, porque el smog y los rascacielos nunca lo habían impresionado. Siempre fue un pintor marinerero.

El color, los barcos, el mar y las familias, eran la característica del trabajo pictórico de López Sáenz. El éxito estaba con él. En el puerto volvió a recorrer las calles y el muelle. Supo que su padre había coleccionado todo lo que se había publicado sobre él.

"Al llegar fui a donde trabajé con mi padre y los viejos me contaron que él no había hecho más que presumir todo lo que había logrado.

"Tuve la oportunidad de pintarlo, es ese cuadro que está allá arriba, el hombre que mira el mar. Él me dijo que no me lo llevara a ningún lado, aquí lo tengo. A mi mamá no la pinté, ni a mis hermanos, me hubiera gustado hacerlo".

EL PREMIO SINALOA DE LAS ARTES

Después de casi 2 horas en las que López Sáenz contó parte de sus vivencias, no puede dejar de llorar porque sospecha que ahora, con el premio que le entregarán, se trata de que exista una identidad de la escuela plástica en Sinaloa.

"Me atrevo a decir que como existe una escuela de la plástica en Oaxaca, contamos aquí con una por la constancia que tiene también el premio de pintura que lleva mi nombre, las becas y todo lo que hay ahora. Se está consolidando una expresión sinaloense en las artes plásticas.

"Yo no me considero un maestro de los sinaloenses, porque me eduqué en México, pero siento y veo que cada vez existe mejor plástica. Al estado no le falta nada, lo que se necesita es que se apoye más la actividad artística", comenta.

Para el pintor, el arte se ha enriquecido de una manera impresionante, cuando él era niño no había nada. Ahora se tienen teatros, música, grupos y escuelas de arte.

"Me siento muy honrado, feliz, desde que me dijeron hace cinco meses que recibiría el reconocimiento, lo estoy disfrutando, pero me he dado cuenta que nunca se ha distinguido a una mujer y no lo entiendo", resalta.

—¿Cómo se vislumbra Antonio López Sáenz dentro de unos años?

—Me veo joven, guapo, sin pelo, porque cada vez se me cae más, y en actividad. A fines de este año me voy a América del Sur y tengo muchos planes, espero y la vida me los conceda todos.

"Tengo una lista de pedidos, lo cual me da mucho gusto. Quiero regalar un gran cuadro al Masin, otro al Museo de Arte de Mazatlán y un alto relieve en bronce al Centro Histórico del puerto. Todo esto ya lo tengo en mi cabeza, que es ganancia", puntualiza.

**Refleja el Premio Sinaloa
de las Artes la imagen brillante
del estado**